

LOS océanos y los mares son los basureros del mundo. En ellos vierten toda clase de residuos: DDT, detergente, abonos infiltrados a través del suelo, plomo, mercurio, arsénico, cianuro de las fábricas, que arrastran hasta el mar las aguas de los ríos, y también hidrocarburos: no sólo los derramados cuando algún petrolero sufre un accidente o cuando se limpia algún depósito en alta mar, sino igualmente los que escapan cada vez que se hace algún sondeo para la explotación de las capas petrolíferas submarinas.

Comúnmente se apela al aspecto sentimental y espectacular de la marea negra, cuando hay muchos otros elementos tan inquietantes, si no lo son más, aun cuando resulten menos evidentes, menos visibles.

Oleoducto y tundra

A principios de este año, Michel Cholkiewicz, director de la revista científica francesa «La Recherche», solicita de un investigador del Instituto Francés del Petróleo (IFP) una síntesis de datos referentes a la contaminación marina.

Poco tiempo después se produce una llamada telefónica de la dirección de la IFP: se piden disculpas, pero se prohíbe la publicación del artículo. No se trata de un texto incendiario, ni mucho menos. Las informaciones contenidas en él pueden encontrarse fácilmente en las publicaciones de la ONU o en ciertas revistas especializadas. En el artículo se asegura que es muy poco lo que se sabe actualmente sobre el modo y la velocidad de dispersión de los elementos causantes de la contaminación marina. Sin embargo, se sabe lo suficiente como para tomar conciencia de que no conviene comenzar a industrializar el océano antes de lo debido.

— Los pesticidas a base de cloro, los hidrocarburos ligeros, los compuestos orgánicos del mercurio, entre otros, se depositan en los fondos marinos, en el lórgamo, o se fijan en el plánton. Se conservan intactos a lo largo de la cadena alimenticia, se concentran y terminan acumulándose dentro de los peces y moluscos. Estos habitantes de los mares apenas si sufren bajo los efectos de tales sustancias contaminadoras: el mayor peligro es para el hombre, mucho más vulnerable.

— Los hidrocarburos se esparcen por el mar, las bacterias, hongos y levaduras que «limpian» las aguas no abundan en ciertas latitudes.

— El consumo extraordinario de oxígeno en el proceso de «limpieza» de las aguas marinas entraña, como es natural, su desoxigenación, lo que provoca la desaparición de especies vivas.

— Algunos desperdicios que contienen nitrógeno o fósforo fertilizan extraordinariamente las aguas; las algas invaden entonces estas aguas y su descomposición absorbe el oxígeno en disolución.



ECOLOGIA

LA REVOLUCION MARINA

— La contaminación térmica, consecuencia de la refrigeración por agua de las fábricas, destruye el equilibrio de la vida acuática, sobre todo en los estuarios.

Los científicos de la estación marina de Endoume estiman que, de no tomarse inmediatamente medidas energéticas, el Mediterráneo se convertirá en un mar muerto antes de diez años. Según los expertos americanos, sería preciso más de un siglo para regenerar el lago Erie.

Sin embargo, existen medios suficientes para limitar, en su misma fuente, la producción de elementos contaminadores: en Suecia, la industria de la pasta de papel ha

conseguido eliminar totalmente los residuos de mercurio, así como reducir los de celulosa a un kilo quinientos gramos solamente por cada tonelada de papel producida. Muchos organismos, entre ellos el Instituto Francés del Petróleo, estudian todas las posibilidades de «degradación»; pero la industrialización se produce a un ritmo tal que los daños corren el peligro de convertirse en irreparables antes de que se comiencen a aplicar medidas eficaces.

El petróleo es algo que nos concierne a todos, pero lo mismo ocurre, y aun en mayor medida, con el medio ambiente. En Alaska se proyecta la instalación de un oleoducto. Cada kilómetro de conduc-

to contendrá más de 1.300.000 litros de petróleo caliente. Una minoría, preocupada por la integridad ecológica del país, ha conseguido del Gobierno americano que los debates sobre el particular sean públicos y que se conceda un plazo para que pueda estudiarse seriamente el proyecto de construcción de dicho oleoducto. Sin embargo, nadie ha solicitado debates públicos ni plazos para el estudio del proyecto de explotación a partir de 1973 y por parte de las compañías franco-noruegas y americano-europeas del campo petrolífero de Ekofisk, en el mar del Norte. Este mar, de costas muy pobladas, recibe ya todos los desperdicios del Noroeste europeo, del Escalda, del Rhin, del Elba, del Weser y del Támesis. Las diversas corrientes activas en la zona, alejan de la costa todos estos desperdicios hasta aguas donde los organismos biodegradantes son más escasos, cuando no nulos.

Un bien común

La señora Elisabeth Mann-Borgèse, hija de Thomas Mann, del Centro de Estudios Democráticos de las Instituciones, Santa Bárbara (California), fue una de las primeras personas en tomar conciencia de la importancia de la «revolución marina». Ya en 1966 escribía: «A causa de los progresos tecnológicos, la industrialización de los océanos puede tener consecuencias aún más catastróficas que la del continente, pues el medio multiplica los efectos de la contaminación».

En junio de 1970, la señora Mann-Borgèse organizó en Malta el primer gran encuentro internacional de «Pacem in maribus» sobre el tema: «Océano, bien común». Doscientos cincuenta diplomáticos y expertos trabajaron durante seis días en estrecha cooperación. A este encuentro siguieron otras investigaciones: la solidaridad fue ganando progresivamente a todas las capas sociales. Lo que se pone en juego es, según Elisabeth Mann-Borgèse, la supervivencia de la humanidad: «¿Serán explotados los océanos racional y equitativamente en provecho de la humanidad, o serán objeto de una explotación sin límites, así como teatro de incasantes conflictos de soberanía en los que todas las naciones, pequeñas o grandes, saldrán perdiendo?».

A raíz de aquella primera reunión internacional se creó en Malta el Instituto Internacional de los Océanos. En la ONU se estudia el derecho internacional de los mares. En junio se celebrará en Estocolmo la primera conferencia mundial en torno al medio ambiente. El 27 de ese mes, una comisión de «Pacem in maribus», alientada por Elisabeth Mann-Borgèse, se encargará de desmenuzar para su estudio y crítica todos los tratados sobre los fondos marinos actualmente existentes: «Lo peor, peor que la burocracia o las rivalidades nacionales y económicas, es la falta de imaginación». ■ JANINE DELAUNAY.